

CIEN AÑOS DE LA CIENCIA DEL FOLKLORE

Mediaba el siglo XIX cuando un vocablo de fuerte raíz arcaizante, sugestivo y tal vez no demasiado explícito, rotuló un cúmulo de cosas a las cuales Europa se había aficionado desde hacía tiempo. Eran cosas pequeñas, casi intrascendentes frente al bagaje de las ciencias ya formalmente constituidas; cosas antiguas pero vivas, latentes y funcionales en los estratos sociales culturalmente no elevados que habían hecho de ellas su patrimonio, herencia tal vez milenaria.

*Las fuertes corrientes que surcaban Europa desde el siglo XVIII provocaron una remoción de valores que incidió en un cambio óptico, en la consideración de hechos antes no observados; algunos títulos de obras tempranas documentan el cambio y crean los cimientos para el impulso que saldrá de Inglaterra poco antes de 1850. Las **antigüedades vulgares** de Bourne se publican en 1725; las **Reliquias de la antigua poesía inglesa** de Percy en 1765; las colecciones de Herder, las **Baladas líricas** de Wordsworth y Coleridge cierran el siglo XVIII y abren el nuevo siglo con un amplio espectro que atrae el interés casi desbordante de gran número de intelectuales. Crecen la recolección y el estudio de leyendas, cuentos, refranes, supersticiones, siempre con la clara idea de que se trata de algo valioso y antiguo: aquí estaban su importancia y encanto, en su antigüedad viva y simple y también en el sabor de la cosa propia, nacional, fuertemente arraigada en el pueblo al cual se volvieron muchos ojos, deseosos de encontrar un refugio ante el torrente convulso que signaba el movimiento romántico en marcha.*

*Así, el sentido de antigüedad de los hechos valorizados generó la voz 'anticuario' (**El Anticuario** de Walter Scott aparece en 1816) y las antigüedades en cuestión —incluidas en el pensamiento baconiano ya c. 1600 y reproducidas por D'Alembert un siglo y medio después— habrán recibido la adjetivación de 'popular' o 'vulgar' muy probablemente para deslindar campos con los objetos de estudio de otras ciencias que también se ocupaban de cosas antiguas, pero ignoraban éstas.*

*Bajo el doble impulso anglo-alemán y con considerable carga documental —especialmente literaria y mitológica—, los anticuarios intuyeron la enorme potencia de sus materiales y confiaron en ella. Alemania, cuyo aporte inicial fue definitorio, había producido gran cantidad de obras sobre tradiciones populares y ya entre 1806-1808 Arnim y Brentano aplicaron el vocablo **Volkskunde** a la ciencia embrionaria. Desde entonces se habló indistintamente de supervivencias, vulgaridades, antigüedades populares, tradiciones, hasta que en 1846 el arqueólogo William Thoms propone la palabra **Folk-Lore** y reclama para sí el reconocimiento de la paternidad. En la divulgada carta al director del periódico **The Athenaeum** aporta además una idea clave: el valor del estudio comparativo de los materiales, "...hechos insignificantes en sí mismos, que llegan a ser de importancia cuando se convierten en eslabones de una gran cadena".*

La palabra recién nacida —aceptada después universalmente aunque no sin reservas y discusiones— sólo pretendió en un principio nominar y delimitar esa gran masa de

hechos coleccionados y estudiados con mayor o menor rigor; Thoms la llamó **Folk-Lore**, ('the lore of the people', aclara). A este primer paso que quiso establecer una cierta autonomía de terrenos siguió un proceso cauto y silencioso pero eficaz, que condujo a la creación de la **Folklore Society** en Londres en 1878. Allí estaban William Thoms, Edward Tylor, Lawrence Gomme, Andrew Lang; todos ellos arqueólogos, etnólogos, antropólogos, coherentes en su amor por las cosas antiguas; todos hombres de ciencia que tratan de definir y concretar ideas y sentar las bases de la nueva disciplina científica en torno del **Folk** y del **Lore**. No fue fácil.

La primera publicación especializada fue la revista de la nueva Sociedad, **Folklore Record**, de 1878; el primer libro técnico, el **Handbook of Folklore**, es de 1890. Fue obra de intelectuales cuyo interés se centró en los hechos culturales propios de aquéllos que no lo eran; interés no exento del matiz exótico que teñía el pensamiento romántico y que obtuvo veloz respuesta a la proposición inglesa: en 1882 se constituyó en París el primer Centro de folkloristas; en 1889 también en París se reúne el Primer Congreso Internacional de Tradiciones Populares. La presencia activa del resto de Europa es inmediata: las primeras publicaciones españolas datan de 1881 motivadas por Antonio Machado y Alvarez, apellido ilustre que será sustituido a veces por el comprometido seudónimo 'Demófilo'. Italia se adhiere también al movimiento y los primeros trabajos que estudian los hechos propios del **popolino** se concretan en al revista **Archivio per lo studio delle tradizioni popolari**, de 1882 debida a Pitre y Marino.

Las corrientes de pensamiento de la época no pasaron inadvertidas para los primeros folkloristas. Tanto el evolucionismo como las teorías positivistas y el difusionismo dejaron sus rastros —de larga proyección— y se fueron esbozando diversos enfoques posibles que provocaron dinámicas controversias e incidieron en un intercambio fecundo a través del segundo Congreso Internacional, reunido en Londres en 1891 y el tercero, en París en 1900. Entre ambos, el Congreso Mundial de Folklore en Chicago, 1893. La relativa frecuencia de estas convocatorias prueban el empuje que había adquirido la recién llegada al campo científico y la inquieta actitud de sus cultivadores.

La reacción de América, ávida entonces de todo lo que ocurría en Europa —esa 'tierra prometida'— fue entusiasta y franca. Hacia 1900 casi todo el continente sabe de qué se trata y proliferan los interesados en lo tradicional y lo popular nacionales. América descubre América. Unos quince años antes los títulos de varios trabajos habían empleado la palabra **folklore** sin reservas.

En la Argentina son hombres de ciencia —en su mayoría arqueólogos— los que inician el movimiento. No obstante la frondosa documentación recogida sobre hechos locales —ya los cronistas habían descrito usos, costumbres y tradiciones—, es después de 1878 cuando el enfoque va más allá del mero interés costumbrista o nacionalista. En 1883 aparece la primera edición de **La Provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión Capital de la República** (más tarde titulada **Cancionero bonaerense** y finalmente **Folklore bonaerense**) en la que Ventura Lynch documenta materiales pampeanos basándose directamente en la observación: el gaucho y el indio son objeto de descripción y estudio en sus caracteres y costumbres; no faltan la música ni el baile. Típico representante de la generación del 80, Lynch fue un agudo intelectual que se interesó vivamente por disciplinas diversas, y si bien no adoptó el término **folklore** —que debió conocer tal vez durante sus viajes a Europa— su posición de observador objetivo lo coloca en los comienzos de los estudios folklóricos en nuestro país, estudios que abordó desde un punto de vista integral.

Entre 1883 y 1885 Samuel Lafone Quevedo envía una serie de cartas al diario **La Nación** con el objeto de 'abrir un nuevo campo a las investigaciones de nuestros hombres eruditos...'. En la provincia de Catamarca concentra su interés por las antiguallas y las tradiciones locales, y por muchas otras cosas: hombre de empresa, investigador, planificador interesado por lo social y cultural, con fuerte inclinación hacia la Historia y la Lingüística, volcó en aquel ámbito casi desértico todo su caudal adquirido en la Cambridge lejana. En 1888 reúne aquellas cartas en su obra **Londres y Catamarca** y allí registra por vez primera la voz anglosajona aplicada a cosas nuestras:

'... Todo ello se relaciona con usos y costumbres, FOLK-LORE [y tradiciones que van desapareciendo...']

El mismo diario argentino había publicado dos años antes, el 28 de mayo de 1886 un artículo de Paul Sébillot: 'El folklore - Las tradiciones Populares y la etnografía legendaria'; hasta ahora ésta parece ser la fecha inaugural de la impresión en nuestro país del vocablo propuesto por Thoms.

En 1893 Paul Groussac, en el Congreso Mundial de Folklore reunido en Chicago, lee un trabajo sobre 'Creencias y costumbres de las Provincias argentinas'; en obras posteriores da normas para la investigación folklórica y recomienda y propicia el método de encuestas.

También en 1893 Juan B. Ambrosetti da a conocer sus Materiales para el estudio del folklore misionero en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires que dirigía el Dr. Eduardo L. Holmberg. El mismo año insiste con Apuntes para un folklore argentino (Gaucho). Es el comienzo de una extensa serie de trabajos que alterna con su auténtica vocación de arqueólogo y que abren honda brecha a los que vendrán después.

En este siglo, los hombres y las obras dedicados al Folklore en nuestro país conforman larga lista; imposible no recordar sin embargo, las dos grandes figuras que dominaron el panorama durante los últimos treinta años: Carlos Vega y Augusto Raúl Cortazar. Ambos señalaron un camino nuevo no siempre coincidente y despertaron serias vocaciones a través del contacto personal, de la cátedra o con el inmenso aporte que significan sus exhaustivos y rigurosos trabajos.

Aquel gusto por las cosas antiguas de las gentes sencillas conquistó definitivamente su puesto entre las ciencias; sorteando discrepancias, dudas, indecisiones y errores, la ciencia del 'saber tradicional del pueblo' se afirmó como tal con los grandes nombres que la elaboraron, los resultados concretos de sus investigaciones, el logro y la proyección de nuevas ideas y nuevos métodos, con su ascenso a la cátedra universitaria.

Así cumple su primer centenario. Cien años de vida son pocos para una ciencia; es que ésta es una ciencia joven de cosas viejas, ciencia de supervivencias, de patrimonio viviente con nostalgia de tiempos idos, de cosas menudas; al decir de Carlos Vega, ciencia de '...lo que no vale una guerra', pero que como toda disciplina científica, valió más de una vida de dedicación y entrega.

R. A.